

“UNA ECONOMÍA DEL REBUSQUE”: GÉNERO, GESTIÓN DEL TIEMPO Y DE RECURSOS DE ASALARIADAS TEMPORALES EN LA FRUTICULTURA DE EXPORTACIÓN EN LA REGIÓN DE ÑUBLE

“A Rebusque Economy”: Gender, Time Management and Resources among Female Seasonal Workers in the Fruit Export Sector in the Ñuble Region

XIMENA VALDÉS SUBERCASEAUX* & CARMEN GLORIA GODOY RAMOS**

Fecha de recepción: 17 de enero de 2026 – Fecha de aceptación: 1 de marzo de 2026

Resumen:

En este trabajo se analiza el modo en que asalariadas temporales de la fruticultura de exportación en Chillán y San Nicolás, comunas colindantes de la región de Ñuble, Chile, articulan el trabajo asalariado con el trabajo reproductivo (doméstico) y productivo (venta de productos artesanales, agrícolas y otros), poniendo acento en la gestión del tiempo y de los recursos a su alcance. Esto, en el contexto de una investigación más amplia con un enfoque metodológico cualitativo, que busca comprender los modos de reproducción social de campesinas residuales y asalariadas emergentes dependientes de la producción agrícola, la producción alfarera y el trabajo asalariado en la fruticultura de exportación. El análisis permite relativizar y particularizar la categoría “temporera” en la fruticultura de exportación vistas las estrategias de asalarización temporal de campesinas, pobladoras rurales y alfareras residentes, así como caracterizar situaciones de multiactividad y variedad de arreglos para obtener ingresos como “economías del rebusque”.

Palabras clave: género, temporeras, fruticultura de exportación, gestión del tiempo, región de Ñuble.

Abstract:

This paper analyses how temporary female workers in the fruit export industry in Chillán and San Nicolás, neighbouring municipalities in the Ñuble region of Chile, combine paid work with reproductive (domestic) and productive work (sale of handicrafts, agricultural products and others), with an emphasis on the management of time and the resources available to them. This is part of a broader qualitative research project that seeks to understand the modes of social reproduction of residual peasant women and emerging wage earners who depend on agricultural production, pottery production and wage labour in the export fruit industry. The analysis allows us to relativize and particularize the category of temporera (female seasonal worker) in export fruit growing, given the strategies of temporary wage labour used among peasant women, rural dwellers and resident potters, as well as to characterize situations of multi-activity and a variety of arrangements for obtaining income as ‘economies of the *rebusque*’.

Keywords: gender, female seasonal workers, fruit export sector, time management, Ñuble region.

* Doctora en Estudios Americanos. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. ORCID: <https://orcid.org/0009-0004-4712-9028>.

Correo-e: ximena Valdés@gmail.com

** Doctora en Estudios Latinoamericanos. Universidad Diego Portales. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0564-4895>.

Correo-e: carmen.godoy@mail.udp.cl

El artículo se inscribe en el Proyecto FONDECYT/ANID N° 1230244, “Oficio y salario: Formas de reproducción social de campesinas residuales y de asalariadas emergentes”. Investigadora responsable: Ximena Valdés, coinvestigadora: Loreto Rebolledo.

Introducción

Colocando el acento en la gestión del tiempo y de los recursos a su alcance, este artículo aborda el modo en que las mujeres que trabajan por temporadas en los arándanos y las cerezas en dos comunas del Ñuble articulan el trabajo asalariado con el trabajo reproductivo (doméstico) y productivo (venta de productos artesanales, agrícolas y otros). El escrito se enmarca en una investigación que busca comprender los modos de reproducción social (Anderson, 1991) de categorías sociales inscritas en el medio rural y rurbano dependientes de la producción agrícola, la producción alfarera y el trabajo asalariado en la fruticultura de exportación.

Como se ha planteado en diversos estudios, el desarrollo de la agroindustria globalizada y la presencia de empresas nacionales y multinacionales (Valdés, 2012; Pessolano & Linardeli, 2025) influyen en las características del trabajo, el uso del tiempo "y la cotidianidad de las mujeres rurales", quienes figuran como las "trabajadoras preferidas" por la agroindustria globalizada (Pessolano & Linardeli, 2025, p. 97). A ello se suma la erosión de las economías campesinas y el proceso de desagrarización (De Grammont, 2009) que caracteriza la coexistencia de las pequeñas unidades agrícolas con un capitalismo agrario triunfante orientado a la exportación de frutas.

La desagrarización de las economías campesinas se traduce en un cambio significativo en la composición de los ingresos familiares y su desplazamiento desde ingresos agrícolas a ingresos provenientes de los servicios —como asalariados en la agricultura— y de un sinnúmero de otras actividades —como talleres y pequeñas empresas, entre otros— realizadas en propiedades que, a causa de su baja rentabilidad o por la disminución

de tierras, albergan la residencia y espacios para la generación de ingresos no agrícolas¹. Al mismo tiempo, han permanecido en esta región localidades —como Quinchamalí—, cuyos caracteres originales cristalizan en el despliegue de la alfarería como paliativo y resistencia a la descomposición campesina encarnada en la memoria de las mujeres, además de constituir un oficio identitario tanto para el lugar como para sus cultoras (Hernández, 1990; Montecino, 1985; TAC, 1987).

De otro lado, en el contexto de las transformaciones en la vida pública y privada ocurridas desde fines del siglo XX, el proceso de incorporación de las mujeres al mercado de trabajo en categorías sociales como la de asalariadas agrícolas se ha dado paralelamente a la devaluación del trabajo, a su flexibilización y desregulación, así como al deterioro de las condiciones laborales, esto es a la precarización laboral, lo que se observa especialmente en las temporeras de la fruta (Valdés, 2020). Si bien no experimentan las antiguas coerciones vividas por los inquilinos y sus familias en fundos y haciendas bajo el sistema de "obligación", "trabajan en una de las actividades más desprotegidas, más extenuantes y menos calificadas" (Valdés, 2020, p. 14).

Por otra parte, las jerarquías de género no han sido desmontadas pese a la masiva presencia de las asalariadas temporales en la fruticultura y a los discursos de "igualdad de oportunidades". Esto se expresa en el hecho de que para inicios de esta década, la mayor parte de los trabajadores que cuentan con trabajo estable y contrato indefinido son hombres, lugar laboral masculinizado que alcanza a 90 % de los trabajadores permanentes y que incluye "trabajadores calificados como tractoristas o fumigadores, y puestos de control y vigilancia, todos ellos lugares laborales fuera del alcance de las mujeres" (Valdés,

2020, p. 14). En una situación opuesta, ellas se encuentran mayoritariamente inscritas en lógicas de trabajo temporal, que implican relaciones salariales individualizadas, subordinación a jefes de *packing*, capataces y subcontratistas, y largas jornadas laborales para lograr “hacerse el salario” (Valdés, 2020, p. 14), según distintas modalidades vinculadas a diferentes territorios y tipo de fruta.

Aspectos metodológicos

El artículo se inscribe en una investigación acerca de las formas de reproducción social de campesinas residuales y asalariadas emergentes que aplicó un diseño metodológico cualitativo, cuyo enfoque coloca especial acento en los vínculos entre género, memoria, experiencia y espacio geográfico (Ojeda & Cano, 2009); ello en el marco de miradas interdisciplinarias que abren la posibilidad de analizar a los sujetos en sus respectivos contextos, espacios, lugares y prácticas cotidianas (Rebolledo, 2018).

Se presenta, para efectos de este trabajo, el análisis de 14 entrevistas en profundidad² realizadas a mujeres que se desempeñan como asalariadas agrícolas temporales en la fruticultura de exportación y que habitan en la localidad de Quinchamalí (comuna de Chillán) y sectores de la comuna de San Nicolás, en la región de Ñuble, cuyo índice de ruralidad es de 30,6 %³. Estudios que han relacionado ruralidad con niveles salariales indican que a mayor ruralidad más bajos son los salarios en la fruta, a diferencia de las regiones más urbanizadas (Anríquez et al., 2016). Ello avalaría la hipótesis de que la agroindustria encontraría en el espacio rural un terreno fértil para proveerse de fuerza de trabajo barata –tal como ocurre con los inmigrantes extranjeros–, aun cuando desde el punto de vista de campe-

sinas, pobladoras y alfareras, el salario temporal deviene un ingreso que compensa y complementa ingresos provistos por otras actividades (producción y venta de comida, hortalizas, artesanías), además de otorgarles cierta autonomía económica cuando se vive en pareja.

Las entrevistas se organizaron en torno a los temas de trabajo artesanal, trabajo asalariado y otras actividades generadoras de ingresos, así como a las formas de organización familiar, las prácticas cotidianas intra y extradomiciliarias, el acceso a recursos, la tierra, la casa, las políticas públicas, etc. Se realizó un análisis temático de acuerdo con los objetivos del estudio que permitiera vincular, además de sus experiencias individuales, los procesos históricos de cambios en la agricultura, la economía, las familias y la cultura.

Las mujeres entrevistadas, con y sin hijos, con y sin pareja (casadas, convivientes, separadas), tienen entre 24 y 63 años (ver Anexo con datos de las entrevistadas). Algunas viven solas (las de mayor edad y con hijos adultos), otras con sus padres (ambos o con uno de ellos), mientras que las más jóvenes reciben algún apoyo de parte del padre de sus hijos cuando este no vive con ellos. Por otro lado, son también las más jóvenes quienes completaron la educación escolar, mientras que las mayores solo cursaron algunos años de educación básica; entre las jóvenes, algunas cuentan con estudios técnicos (al menos un año) y otras están cursando una carrera universitaria. En el caso de las mayores con hijos ya adultos, estos completaron sus estudios secundarios y trabajan o estudian una carrera universitaria; los de menor edad asisten al jardín infantil y sala cuna, estudian en colegios del sector o están próximos a terminar su educación secundaria y tienen proyecciones de continuar con estudios técnico-superiores.

Como trabajadoras agrícolas que perciben un salario, se emplean durante la primavera y el verano en huertos y fundos, donde se cultivan cerezas y arándanos (que actualmente predominan en la zona y que ofrecen un mejor salario), ya sea durante la temporada de cosecha, empaque o en labores de mantenimiento durante el año. Por lo general, estos cultivos generan empleo durante tres meses, entre fines de noviembre y comienzos de marzo, salvo la poda y otras labores realizadas en otoño e invierno, que ofrecen menos oportunidades de empleo. La mayoría realiza otra actividad para poder generar ingresos que les permitan subsistir durante el año, aun cuando el grupo familiar cuente con otros recursos provenientes de la pareja o de los padres, así como de recursos de programas orientados a microproductores⁴, bonos o subsidios estatales, que son percibidos por algunas de ellas. Esto incluye labores agrícolas en predios propios o de sus familias, que les permiten contar con frutas y verduras para el autoconsumo y para la venta.

Algunas mujeres se desplazan para buscar materias primas para la producción alfarera característica de la aldea de Quinchamalí; se trata de aquellas que continúan con la tradición familiar de un tipo de "economía consuetudinaria" (Thompson, 2019), practicada, sobre todo, pero no exclusivamente, por las mujeres de la familia, o que se encuentran en etapa de aprendizaje del oficio. No obstante, si bien la alfarería persiste —incluso apoyada por políticas públicas de patrimonialización y salvaguarda— se advierten problemas vinculados al abastecimiento de materias primas debido a los cambios en el uso del suelo (de uso agrícola-ganadero a uso forestal) y a un proceso de parcelación reciente. Entre las alfareras de mayor edad, se encontró, además, que sus hijas recurrían al trabajo temporal para apoyarse en sus estudios universitarios o solventar su condición de madres solteras.

Cambios en el uso del suelo

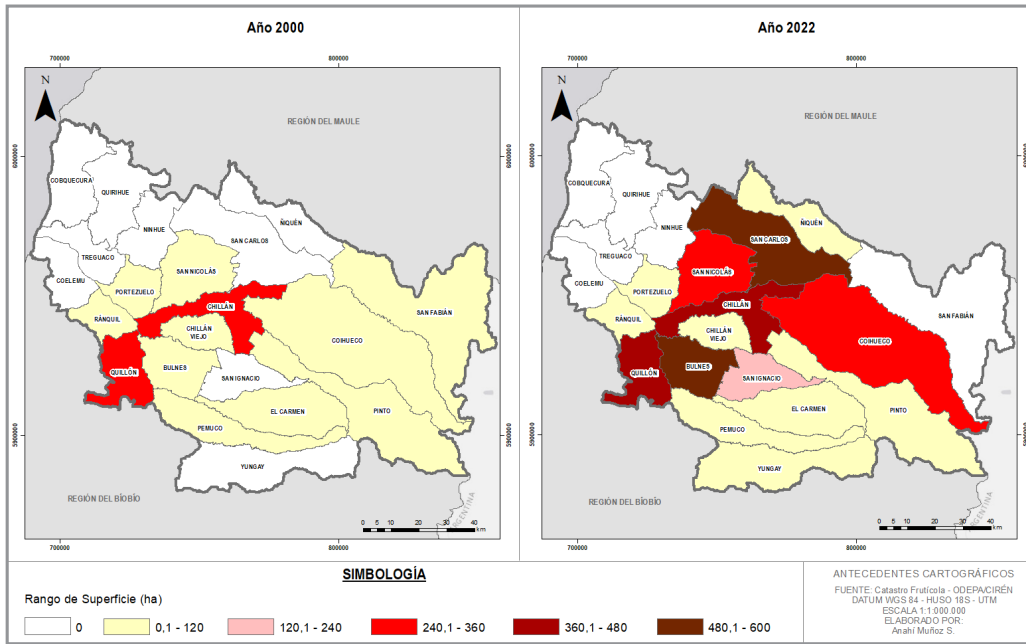
En el análisis de las entrevistas recogidas en las comunas de Chillán y San Nicolás destaca la problemática de los cambios en el uso del suelo acontecidos en las dos últimas décadas. Nos parece importante consignarlos mediante representaciones cartográficas, basadas en los catastros frutícolas de la Oficina de Estudios y Políticas Agrarias (ODEPA) y el Centro de Información de Recursos Naturales (CIREN)⁵, con el fin de contextualizar y espacializar la salarización de las mujeres en los arándanos y las cerezas. Estos cambios, que hemos interpretado como procesos de "colonización del territorio" (Valdés, 2021), son visibles en el aumento de las tierras plantadas con estas especies para la exportación en la región del Ñuble, así como en toda la zona mediterránea e incluso en regiones meridionales (Valdés, 2021).

Análisis

El acceso a la tierra

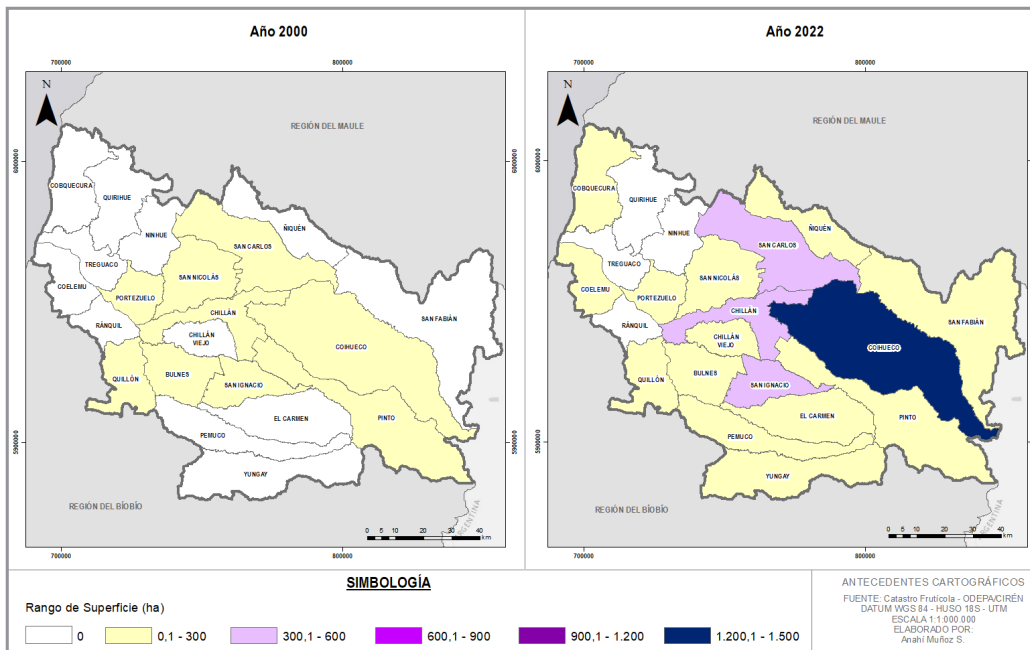
Entre las entrevistadas se encuentran mujeres campesinas, originarias de Quinchamalí y San Nicolás, que combinan el trabajo asalariado temporal con la agricultura a pequeña escala de cultivos y chacras, algunos en invernaderos —a veces crían animales también—, que realizan incluso aquellas que cuentan con menor superficie en tierras, es decir, minifundios de media hectárea (ver Anexo). Este es el caso de Marisol (52 años), que vive en el sector rural de San Nicolás, con su marido e hijo. A pesar de que tienen pocas tierras, producen para el autoconsumo y la venta. El manejo de su campo destaca por el orden y la productividad: "El campo es de nosotros, media hectárea. Tengo de todo. Frutales, invernadero, hortalizas al aire libre, para allá tengo arrendado, siembro pasto para hacer fardos, porque tengo animales y tengo ovejas. Vacunos y ovejas".

Figura 1. Superficie frutal de cerezos por comuna (ha), región de Ñuble, 2000-2022



Fuente: Elaboración propia en base a Catastros frutícolas de ODEPA/CIREN.

Figura 2. Superficie frutal de arándanos por comuna (ha), región de Ñuble, 2000-2022



Fuente: Elaboración propia en base a Catastros frutícolas de ODEPA/CIREN.

Se trata, en general, de tierras heredadas de la familia paterna o materna, que han sido subdivididas entre parientes y donde se han construido viviendas con subsidio o recursos propios. Algunas que nacieron en ciudades como Santiago, Chillán —capital regional— y Temuco, o que vivieron durante un tiempo en sectores urbanos, han retornado con sus familias a Quinchamalí y San Nicolás. A su retorno accedieron también a tierras heredadas por parte del padre o la madre, terrenos que, en un par de casos, corresponden a parcelas de la Reforma Agraria.

La pandemia de COVID-19 “activó” el desplazamiento al campo. Las más jóvenes lo hicieron con sus padres, las de mayor edad con sus hijos o solas, pero en ambos casos es la posesión de la tierra lo que permitió la “migración de retorno”, junto a la posibilidad de “empezar de nuevo” para asegurar la subsistencia, aun cuando esto no ha quedado exento de otros problemas y requiera de una mayor atención por parte del estado:

Porque en las medias hectáreas la gente se vino de vuelta al campo. Los hijos de los campesinos, los nietos y los nuevos rurales. Entonces hay que hacer una política pública en relación a las medias hectáreas, y el estado de Chile se tiene que preocupar de eso. Por el tema hídrico, el tema de las letrinas, todo eso (Odilia, 56 años, San Nicolás).

Por otro lado, en este retorno surgen otras dificultades, como el “saneamiento” de las tierras heredadas (obtener el título de propiedad). Esta situación se repite en los sectores rurales, especialmente cuando hay pocas tierras y muchos herederos. Cuando el terreno se ubica en el área rural, el mínimo para subdividir son 5.000 metros cuadrados. Esto genera que parte importante de la población rural más vulnerable no pueda tener títulos de propiedad a su nombre, lo que dificulta tener acceso a servicios básicos (arranques de luz, agua, etc.), así como a beneficios

del estado, como los subsidios habitacionales o programas enfocados en los campesinos, como el Programa de Desarrollo Local (PRODESAL), dependiente del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP). Este es el caso de Daniela (32 años, Quinchamalí) y su marido:

Donde vivimos es una herencia de mi abuela materna. Pero no se han podido hacer los papeles, está como sucesión todavía, porque en ese terreno hay 3 domicilios, y como somos zona rural, nos exigen una cantidad de metros cuadrados. [...] Nos exigen como mínimo 300, y donde se dividen los 3, son 297 metros cuadrados. Y por tres metros no hemos podido hacer los trámites.

Los inicios como temporeras

La temprana asalarización de las mujeres rurales, alrededor de los 12 años, es referida en un estudio relativo a la articulación del trabajo asalariado agrícola y el trabajo doméstico (Mingo, 2011). El primer trabajo remunerado en salario es descrito como una forma de ayudar a los padres (el padre o la madre) o a algún pariente; cuando se trata de mujeres de mayor edad, esto ocurre incluso a edades más tempranas. En esta investigación se plantea también que, a diferencia de los hombres, la integración de las mujeres al mercado laboral depende más de “los eventos vitales” en sus trayectorias de vida, lo que implica que “el rol en el hogar y el desempeño de las tareas domésticas de reproducción inciden en sus posibilidades y en sus elecciones de inserción en el trabajo asalariado” (Mingo, 2011, p. 13).

Importa destacar respecto del tema y ámbito estudiado que la aldea de Quinchamalí y la vecina localidad de Santa Cruz de Cuca (también en la comuna de Chillán) se caracterizan no solo por la alfarería, sino por un tipo de propiedad dotada con huertos frutales de cerezas de muy larga data, en que tradicionalmente niños y niñas han contribuido en las labores, especialmente

durante la cosecha (TAC, 1987). Lo mismo sucede en Cuca y San Nicolás, aunque las tierras hayan menguado por las subdivisiones debidas a la herencia. Esta participación ciertamente ha disminuido con la escolarización.

De este modo, entre las mujeres que trabajan por un salario temporal en la fruta en Quinchamalí y San Nicolás, varias tienen una experiencia temprana como asalariadas, ya que comenzaron a trabajar muy jóvenes –incluso en la niñez– y continuaron desarrollando posteriormente una trayectoria continua como tales. En un par de casos cuentan con un empleo estable, pero con fraccionamiento por labor visible en los contratos de trabajo, aunque “se van dando vuelta todo el año” en la misma empresa con contratos fraccionados renovados periódicamente. Sin embargo, la mayoría trabaja a trato o al día por períodos cortos de tiempo.

Bernardita (37 años, San Nicolás), por ejemplo, trabaja en el campo desde los 10 años. Aunque nació en Santiago fue criada en la zona de Santa Cruz (región de O’Higgins) por una tía. Su primer trabajo fue en las ciruelas; trabajaba todos los veranos, el primer año ganó 10 mil pesos por toda la temporada. Estuvo 3 o 4 años en un predio al que iban otros niños con sus padres. Ya a los 15 años comenzó a ir a la vendimia y a realizar otras labores. Cuando estaba en cuarto medio llegó a un *packing* ubicado en lo que había sido una arrocera, donde conoció a su marido. Luego se fue a San Nicolás y comenzó en los arándanos. Dice haber recorrido casi todos los “fundos” porque, en la medida que “los huertos se terminan”, la gente se va moviendo, lo que da cuenta de una modalidad de salarización consistente en la rotación laboral.

No obstante, esta temprana entrada al mundo laboral común en la infancia de las entrevistadas

de mayor edad ha cambiado dada la menor presencia hoy de niños/as y jóvenes en el trabajo de temporada (por las regulaciones existentes sobre trabajo infantil y adolescente). Los jóvenes, en la actualidad, y más aún si las condiciones familiares lo permiten, optan por estudiar o trabajar en otros lugares. Migrar hacia las ciudades más cercanas, como Chillán y Concepción, resulta una mejor opción:

Porque acá es como para mantenerse, mantener el día a día. Pero no para avanzar un poquito más. [...] los que nos quedamos, es porque no podemos. Por eso no más. Pero si no fuera por eso acá juventud no habría. [...] antes hasta los niños íbamos a trabajar [...] uno iba y se ganaba sus lucas ahí. [...] era muy común acá, que los niños quieran salir a trabajar a esa edad. En esos tiempos. Ahora y no, no se ve... [...] Hay que tener 16, con permiso notarial (Nicole, 25 años, Quinchamalí).

De este modo, serían las mujeres mayores, o las mujeres con hijos que no tienen un trabajo remunerado durante el año, quienes esperan el tiempo de la cosecha para poder generar algunos ingresos. Esto se observa en la experiencia de Natividad (50 años, San Nicolás), que había trabajado recientemente en la cosecha de arándanos:

...yo hace años que no trabajaba. Y de repente me dio la tincá para trabajar. Es que siempre cuando uno va a trabajar dice “chuta, no voy a rendir, o me van a decir algo en la pega...” Mi marido me dijo “anda, para saber qué es lo que es trabajar”. Porque yo nunca en mi vida trabajé. Menos en los huertos, la fruta, nada. Me decidí un día y fui. Y me fue bien, po. Gané como 30 mil pesos al día...

En este sentido, para algunas mujeres el pago “a trato” es visto como una opción concreta que otorga ingresos por un período de tiempo acotado, según la estacionalidad de la fruta:

Usted lo que trabaja le pagan. Es que “al día” a ellos no les conviene, porque hay muchos jóvenes que van a sacar la vuelta. Entonces tienen que pagarle al día igual. Yo he trabajado muy poco al día, desde que

estoy trabajando. Pero de ahí ya nos cambiamos de rubro, de las frambuesas a los arándanos. Los arándanos para todo es mejor, hasta ahora. Porque podemos ganar poco, pero es constante esa platita todos los días. Te sirve. Yo incluso con esa plata he logrado comprarme cosas que nunca me imaginé, porque junto. O voy sacando una parte, y voy sacando lo que necesita. Porque como le digo, seguro otro trabajo no tengo (María, 60 años, San Nicolás).

La gestión del tiempo

En su doble rol de asalariadas y responsables de las labores de cuidado y reproducción en sus hogares, y para algunas también del trabajo de la tierra, alfarería y cultivos, las asalariadas agrícolas deben articular dos espacios cuyas lógicas tienen distintos ritmos y requerimientos, lo que implica la coordinación cotidiana de horarios y actividades (Mingo, 2011, p. 18). El tránsito permanente “del trabajo asalariado al trabajo en el hogar requiere de la toma de decisiones y la realización de elecciones a las que los trabajadores hombres generalmente no están obligados” (Mingo, 2011, p. 18). En este sentido, Rebolledo y Mandel (2025) observaron, entre mujeres mapuche rurales que trabajan en los arándanos, que el empleo temporal en la fruticultura constituye una “estrategia situada que responde a su racionalidad económica familiar y comunitaria”, de modo tal que “la lógica del trabajo temporal es reconfigurada desde las propias condiciones y decisiones de las mujeres” (p. 54).

Desde esta perspectiva, cabe considerar que, en el caso de las asalariadas temporales entrevistadas, al trabajo en la fruta y al trabajo doméstico y de cuidado, se suman la producción de artesanía y otras actividades remuneradas, entre las cuales no necesariamente se establece una secuencia temporal, ya que pueden ser realizadas de manera simultánea según la capacidad para organizar

la jornada y el esfuerzo físico que conllevan. No obstante, a diferencia de lo que ocurre con la uva de mesa en otras regiones, que implica la deslocalización de los trabajadores/as de su lugar de residencia debido a las largas jornadas laborales y las migraciones de norte a sur siguiendo en latitud la maduración de la fruta para “prolongar el tiempo de salarización [...] y hacerse el salario viajando de valle en valle” (Valdés, 2012, p. 18), las asalariadas de Quinchamalí y San Nicolás se enfrentan más bien a una rotación estacional en predios cercanos en los que se cultivan cerezas y arándanos, así como naranjas, frutillas y nueces en los meses de otoño e invierno (aunque con un menor salario). Lo mismo ocurre con la búsqueda de las materias primas para la producción alfarera.

Aun así, esta movilidad debe ser eficiente, tanto por el tiempo que demanda como por los costos económicos que genera. No siempre es conveniente desplazarse hacia sectores más distantes, por ejemplo, viajar en bus a Chillán para vender sus productos es caro, hay que salir de la casa demasiado temprano y regresar muy tarde. Hay actividades propias del trabajo productivo y del trabajo reproductivo que se superponen o solapan entre sí cuando se trata de gestionar el tiempo: organizar la jornada para llevar y traer a los niños de la escuela y realizar las labores domésticas que, en general, recaen sobre las mismas mujeres y que pueden incluir labores de cuidado a personas dependientes o enfermas (padre o madre). De este modo, siguiendo a Mingó (2011), el trabajo reproductivo y el trabajo asalariado, que aparecen como esferas diferentes, “se piensan de manera simultánea; es decir que la organización del trabajo doméstico no puede resolverse sin tener en cuenta las demandas del trabajo asalariado y viceversa” (p. 14). Esto supone que “compatibilizar el trabajo

doméstico con el trabajo asalariado requiere de la articulación de dos instancias de organización diferentes pero que se llevan adelante en forma paralela” (Mingo, 2011, p. 14).

Trabajo asalariado: horarios, ritmos y ciclos

La flexibilización característica del trabajo agrícola de temporada permite la negociación de horarios y períodos de trabajo aun a costa del bienestar y la salud de las trabajadoras, a la vez que “se ancla en el tiempo” manifestándose en ciclos anuales que contemplan tiempo de no trabajo, “laxo, infértil laboralmente, de escasez y de pobreza”, y tiempo de trabajo, “intensivo, sacrificial, laboralmente demoledor” e incluso “desechable”, un tiempo que genera la desechabilidad de los/as trabajadores, porque como no va a haber trabajo en el otro tiempo (estación del año), “las mujeres se exprimen, se autoflagelan para poder ocupar todo el tiempo laboral en la temporada” (Valdés & Godoy, 2016, p. 18). El tiempo de trabajo asalariado va acompañado por otros ciclos que generan ingresos, como la venta de hortalizas durante todo el año y, ocasionalmente, de comida. Otro ingreso que ha tendido a erosionarse debido al avance de las plantaciones forestales es el que proviene de la recolección de rosa mosqueta o “corales”. Michelle (26 años, Quinchamalí) recuerda que durante su infancia iba con sus padres y hermanos a recolectar estos “corales”:

... yo le estoy hablando de cuando tenía unos 10 años... Había hartito. Y nosotros igual nos íbamos como a las 6 de la mañana. Mi mamá me acuerdo de que nos llevaba así una manta, y cosas así. Y para mí era un pícnic. Pero nosotros íbamos a trabajar. Yo me acuerdo que, por ejemplo, a veces podíamos irnos hasta a acampar para sacar corales. Y estábamos una semana, nos quedábamos allá. No llevábamos carpa, porque en ese tiempo no había plata para carpa, sino que llevábamos nailon, y mi papá armaba algo. Y como eso es para el verano... Pero para mí eso eran bonitos

recuerdos, a mí me gustaba hacer eso. Porque ahora igual... como que ya no se disfruta tanto eso. Ya eso nadie lo hace. Sí, eso ya se perdió ya.

Aunque en menor medida, este fruto silvestre aun es cosechado; un trabajo duro por el daño que causan las espinas de los arbustos y las largas distancias que se deben recorrer cargando los sacos, que luego se venden:

A veces viene bien pagado, cuando a veces el kilo se lo pagan a 900, es bueno. En marzo, por ahí... y cuando van los vecinos para allá en camioneta, yo me subo no más, y voy a hacer mi saco, lo traigo, los voy juntando. Después viene el caballero y se los vendo. Y me hago más plata. El año pasado lo pagaron a 650. Ese fue el tope. Es sacrificado sí... pincha mucho. Cuando uno se clava parece que le pinchan el cerebro (Claudia, 48 años, San Nicolás).

Respecto a los ciclos de las cerezas y los arándanos (con mayor demanda y más intensivos en trabajo), cada fruta tiene un tiempo acotado de cosecha. En esta zona se concentra entre la primera quincena de noviembre y enero (aunque también se dice que termina en marzo), dependiendo del lugar, la variedad e incluso de qué tan crudo fue el invierno. Por lo tanto, el trabajo asalariado también tiende a concentrarse en un par de meses; la actividad se intensifica en la medida que hay más volumen de fruta, lo que supone también irse moviendo de predio en predio según se agota la producción.

De igual modo, el ritmo de trabajo diario es intenso, demanda velocidad y fuerza para poder cumplir con las “metas”, con los mínimos que les permiten “hacerse un salario”, y, paralelamente, cuidado y delicadeza por las características de estos frutos. Durante la temporada de cosecha las jornadas de trabajo se inician muy temprano – para evitar las horas de mayor calor que ablandan la fruta–, entre las 06:00 (pueden empezar a las

6:30) y las 14:30 horas, aproximadamente, y, en caso de ser necesario, se extienden (por ejemplo, si hay trabajadores que deban ser reemplazados). Para la mayor parte de las entrevistadas este horario, que parece conveniente porque les permite estar en sus casas a media tarde, no lo es tanto ya que, al volver a su hogar, deben hacerse cargo de las labores domésticas y de cuidado, así como de otras actividades productivas.

Alejandra (24 años, Quinchamalí) es ayudante de riego en uno de los fundos más grandes de la zona. Antes trabajaba en la cosecha, pero ahora tiene un contrato indefinido (por el que recibe el sueldo mínimo más un bono de 100 mil pesos), lo que significa "hacer lo que le manden", desde la cosecha de nueces en abril (manejando la máquina que selecciona los frutos), la poda o la pintura entre abril y octubre, la mantención de riego (el año anterior a la entrevista hubo crecidas que afectaron las mangueras) y el riego entre octubre y marzo, labores que suponen horas extras los sábados y domingos. Si bien tiene más estabilidad, lo considera un trabajo más sacrificado, precisamente por los horarios y las horas extras (que pagan a 3.500 pesos):

Por cosecha de cerezas, entramos todos a las 6:00 [am] y salimos a las 2:30 [pm]. Pero estando en riego, nosotros tenemos que siempre, la mayoría de las veces, quedarnos a hacer horas extras. Trabajamos igual los sábados, los domingos. Lo que más se pueda para poder dejar los trabajos bien hechos.

Por otro lado, la cosecha exige esfuerzo físico y se realiza en la época de más altas temperaturas. La continua exposición al sol y el tener que trabajar en posiciones incómodas, ya sea agachadas o sobre una escalera, definen el grado de "sacrificio" que requiere el trabajo en la fruta:

Es que primero trabajamos en [nombre de empresa] nosotros, después en [nombre de empresa] [en el arán-

dano]. Esos empiezan en enero, por ahí, hasta marzo. Porque acá ... nos vamos primero a [nombre de empresa], trabajamos toda la temporada, que son casi dos meses que se trabaja. Noviembre y diciembre, y después ya decae. Y cuando decae empieza allá en [nombre de empresa]. Es más lejos para nosotros sí. Llegamos muertos nosotros acá. Porque salimos a las 2 de la tarde del huerto, llegamos acá igual a las 5:30, 6 de la tarde. Echamos más de una hora, hora y media. [...] Es que acá no hay más. Está el [nombre de empresa], que fui un año yo. Y el otro es el [nombre de empresa], ahí sí que vamos. Pero ahí sí que es cruel trabajar, no se lo doy a nadie. Hay unos camellones altos. Acá está la tierra, y ahí tiene que subirse, son así de altos, se derrumba un poco y las piernas se derrumban al subir. Acá pone su pie y acá pone la rodilla y queda toda chueca. Pa que le voy a decir, quedo muerta... (María, 60 años, San Nicolás, los nombres de las empresas se han suprimido para guardar el anonimato).

En la experiencia de Nicole (25 años, Quinchamalí), la cosecha de cerezas es más "sacrificada" porque obliga a mover escaleras, además de subir y bajar de ellas, mover cajas, etcétera:

[El verano pasado] Fue la primera vez que trabajé en cerezas. Porque antes había trabajado varios años en los arándanos [...]. Me quedo con los arándanos. [...] es más sacrificado [las cerezas], porque andar trayendo escaleras es más peso, más todo. [...] Donde estuve el año pasado igual tenía facilidad de hora de ingreso, como a las 8:30, pero igual salía como a las 5, 5:30 de ahí... era todo el día. Y si no hacía la misión del día, había que quedarse. [La misión era terminar] una cierta cantidad de kilos.

Michelle (26 años), técnico en educación parvularia, se define como dueña de casa y temporera de la cereza en época de cosecha. Tiene una hija de 1 año y vive en un sector rururbano de Quinchamalí. Ha trabajado desde pequeña en el mismo huerto (un predio de gran tamaño) junto con varios miembros de su familia. En época de cosecha puede llegar a completar 10 cajas de cerezas y ganar 50 mil pesos por día (5 mil pesos por caja) y, si bien el pago es conveniente, es agotador.

Además de los efectos del calor y del sol en su cara –no le entregan elementos de protección–, tampoco tiene contrato ya que la empresa en la que ella y su familia trabajan es de un “conocido”, de alguien que es “como amigo” de su padre, lo que le permite evadir obligaciones legales con los trabajadores. El año anterior Michelle trabajó en la cosecha, aunque su hija estaba recién nacida. Al momento de la entrevista, su madre, que también es temporera, había dejado de trabajar y le ayudaba a cuidarla. Su salario no es el ingreso principal, pero lo necesita para comprar comida, “para darse vuelta”, y luego para cumplir sus “metas”, aunque resentía que producto de ese “arreglo” sus padres había disminuido sus ingresos:

... igual yo me hago 10, mi papá se hace como 7, 8 cajas. Con mi mamá siempre que se hacían como 15 entre los dos. Igual pierden igual harto. Yo no quería, pero mi papá dijo: “No, trabaja, si tu mamá te la cuida, y yo trabajo por ella”. [El año pasado] Ya no me sacaba las 10 cajas, como ahora. Porque estaba recién... igual todavía estaba sentida. Iba para salvar el día. Porque igual nosotros vamos al almacén, y no es menos de 11 lucas. Entonces era como para tener para darnos vuelta. Para la once, porque uno ahí gasta harto. Así que para eso trabajé el año pasado. Y ya este año sí es para metas.

Laura (63 años, Quinchamalí) combina la producción de artesanía con el trabajo en la fruta. Desde hace un año y medio está como “apoyo” en uno de los huertos más grandes de la zona (donde se producen arándanos, cerezas y nueces). Antes lo hacía solo durante la cosecha; ahora realiza labores de poda, riego y otras, según lo que se necesite. Por esas faenas recibe el sueldo mínimo bajo un contrato que se va renovando cada dos meses. En la temporada de cosecha recibe un pago a trato según el número de cajas que logre hacer; para obtener un pago “que valga la pena” tiene que hacer unas 20 cajas (2.300 pesos por caja), por eso “en mala co-

sechera no saca mucho”. La jornada de trabajo varía según la época del año, en el invierno se extiende entre las 8:00 a las 16:30 horas, de lunes a viernes, pero trabajando una media hora o una hora más para no tener que trabajar el sábado. Esto le permite tener las tardes y los fines de semana disponibles para la alfarería (elaboración de loza). En cambio, durante la temporada de cosecha debe levantarse a las 4:00 am y a las 4:30 estar en la carretera para que la recoja el furgón que la lleva al campo. Un trayecto que en bicicleta le toma entre 20 a 30 minutos, aunque últimamente la lleva un compañero de trabajo en su auto.

En este contexto, durante la temporada de cosecha, dedicar tiempo a la artesanía se vuelve complicado. Roxana (48 años, Quinchamalí), cuya abuela, madre y tía son alfareras, que fue criada “a través del trabajo en la alfarería” y la cereza, conoce el oficio y sabe hacer distintas piezas de loza (guitarreras, pocillos y chanchito de tres patas), pero el ritmo de trabajo de la cosecha, aunque satisfactorio por los ingresos que obtiene, es demasiado exigente:

... yo creo que voy a empezar después más adelante, porque la temporada de la cereza... me estoy acostando... a veces llego acá a las 11:00 de la noche. [...] Para levantarse a las 4:00, son 2 meses que uno se levanta a veces a las 4:00 de la mañana, cuando tenemos horario de las seis al huerto. Y son dos meses matadores. Pero valen la pena y son satisfactorios (Roxana, 48 años, Quinchamalí).

Para Roxana, los habitantes de Quinchamalí tienen la ventaja de ser “nacidos y criados con cerezos”, lo que les da agilidad y “mucho habilidad en las manos”, atributos que, de acuerdo con lo que señala, le permiten ganar 50 mil pesos diarios al finalizar la jornada. Por otra parte, ella se define como una “persona trabajadora 24/7” porque combina el trabajo asalariado con la pro-

ducción de sus propias cerezas y la atención de su "minimarket", un almacén que mantiene en su casa y donde cuenta con la ayuda de su marido, sobre todo durante la temporada de cosecha. Allí, además de vender lo acostumbrado para su clientela —trabajadores del sector— ofrece cajones de su propia producción de cerezas a los turistas que llegan a Quinchamalí:

El cajón ahora se está vendiendo como a 6.000 pesos, 7.000 pesos. Pero de primera empieza como en 10.000, 15.000, 18.000, y así. Porque la primera cereza, como todo tipo de frutas, es alto el precio. Y después va bajando el precio. Y cómo decirle... pero yo feliz igual en esta temporada, yo llego a la gente. La gente igual acá, se atiende bien. Yo les doy a degustar la cereza. No le digo: "¿Quiere cereza? ¿Cuántos kilos quiere?". No. Yo establezco una conversación con ellos y les ofrezco cereza. Que prueben la cereza.

Su marido es quien le ayuda a vender y a trasladar las cajas, aunque también en algunas ocasiones debe contratar trabajadores, a los que les paga por día entre 20 a 25 mil pesos. En este sentido, su situación es distinta a la de otras asalariadas y artesanas, ya que, por una parte, el almacén y la quinta propia le permiten diversificar sus actividades y, por otra, la llevan a darle al trabajo asalariado otro carácter, más cercano a la afirmación de su individualidad que a la subsistencia:

Cuando no se trabaja allá, yo me dedico más en completo a mi quinta. Pero cómo decirle... allá yo no lo tomo como un trabajo, lo tomo como un *hobby*. Y además que a mí me gusta salir a trabajar así. Porque me sirve como persona, me distraigo. Como que uno está conectado a la naturaleza (Roxana, 48 años, Quinchamalí).

Otro aspecto a considerar es que, entre las mujeres más jóvenes que no son las sostenedoras exclusivas del grupo familiar y no tienen hijos o personas a su cuidado, se evalúa de otra manera el trabajo de temporada. Este es el caso de Denise (20 años, Quinchamalí), que estudia

en la universidad en la ciudad de Concepción y trabaja en la fruta solo durante las vacaciones de verano. Empezó a trabajar en la cereza a los 17 años —el año anterior había estado en las uvas— y lo hace en un lugar que "paga bien" y donde además trabaja su cuñada. El horario le parece bien —entre las seis de la mañana y el mediodía— y no necesitaría ganar más ya que cuenta con el apoyo de sus padres y lo que gana lo ahorra. No tiene mucho tiempo ni necesidad para trabajar, lo hace por "iniciativa propia, para poder ayudar un poco más, o para tener igual yo mi propio dinero". Esta misma situación aparece entre las hijas de Trini, alfarera de Santa Cruz de Cuca.

Trabajadoras por cuenta propia

El trabajo asalariado de temporada se combina con el trabajo por cuenta propia asociado a la venta de comida, hortalizas y otros. La búsqueda por generar ingresos conduce a la diversificación de las actividades según se cuente con patrimonio en tierras, habilidades y oportunidades. Aquí aparece además la categoría de "emprendedora"⁶ y con ella la idea de una actividad "propia" que no solo rinda económicamente, sino que también tenga significado. Esto depende además de una buena gestión del tiempo para hacer más eficiente las horas libres y aprovechar las tardes o los fines de semana.

María (60 años) vive en la comuna de San Nicolás con su hija, que está terminando la universidad. Complementa el trabajo en la fruta con la venta de alimentos y hortalizas de su huerta, y tiene un puesto en una feria de Chillán que funciona los fines de semana donde vende artículos de costura (hilos y agujas) que compra en Santiago:

... yo, cuando voy a la fruta, si veo que está mala la fruta, o trabajamos de lunes a viernes cuando no está bueno, y el fin de semana yo me voy a la feria. Ahí me

salvo. Porque igual una tiene tantas cosas que pagar... Es una feria libre. Tengo un toldito viejo, le tiro arriba una malla *rachel* y eso... pero solamente los sábados y domingos. [...] Se paga mensualmente, poquito es lo que se paga, porque ellos no le dan a uno un local, ellos le dan un pedacito de terreno adentro del persa... como 25 estamos pagando al mes. Por los 8 días. [...] Compró en Santiago, porque acá no hay. Allá voy a comprar los hilos, pero se pone muy malo en este tiempo. Pero, ¿qué pasa?, que si yo no voy pierdo mi clientela poca que tengo. Tengo poca, pero tengo. Y si yo no tengo hilos blancos, rojos, no vendo. Tengo que llevar lo que la gente realmente pide.

En el caso de Bernardita (37 años, tres hijos de 18, 13 y 5) se aprecia la necesidad de desarrollar un proyecto propio. Ella vive en Coipin, sector rural entre las comunas de San Nicolás y Ninhue. Si bien completó su educación secundaria, tuvo que congelar sus estudios de gastronomía. Tiene su propio “emprendimiento”, un carro de comida que compró con el apoyo económico de su pareja y con el que puede llegar a obtener unos 30 mil pesos al día —“si está bueno” puede ser más—, lo mismo que ganaría si trabajara “al día” en la fruta, donde se tiene que “sacar la mugre”, pero, a diferencia del trabajo de temporada, esto “es para ella”. También comenzó a vender flores en la feria (dalias, porque le regalaron unas “papas” para su cultivo). Con esta última actividad llegó a ganar 40 mil pesos y proyecta hacer un invernadero en el terreno de media hectárea donde vive (herencia del marido y donde la casa ocupa 600 m²). Bernardita postuló dos veces a un fondo público para emprendedoras⁷; con uno de ellos compró un horno semiindustrial y gallinas para el consumo propio.

Alejandra (24 años, Quinchamalí), temporera y ayudante de riego, vive con sus padres, su hermana, que trabaja por cuenta propia, y su pareja. Vivieron mucho tiempo en Santiago y se trasladaron hace tres años a la zona para vivir en una

propiedad —cuya superficie alcanza cerca de 1 hectárea— que su padre heredó y que amplió comprando unos metros más. El padre trabaja en construcción, pero “cuando está malo” siembra en mediería diversas hortalizas que destinan al autoconsumo. La hermana se dializa, tiene una “pequeña y mediana empresa” (PYME) que consiste en hacer dulces “curicanos” que vende en campeonatos y fiestas. Recibe pensión de invalidez (200 mil pesos aproximadamente). Tiene 2 hijas y cuenta con la ayuda del padre de las niñas. La madre trabaja como temporera en la cosecha de cerezas, que dura una semana, después los “cortan” (se termina el trabajo), y vuelven en la quincena.

Productoras: artesanas

Si bien no todas las mujeres entrevistadas combinan el trabajo asalariado de temporada con la producción alfarera —algunas declaran no tener interés en aprender el oficio o haberlo intentado sin éxito—, muchas se vinculan de algún modo con la alfarería, ya que esta ha sido practicada en la familia, entre las abuelas, madres y tías. La extracción tanto de greda como del material para cocerla y teñirla se obtiene en sectores aledaños a Quinchamalí, mientras que la elaboración de las piezas se realiza en el espacio doméstico, para lo cual varias de ellas cuentan con un taller, un sector de quema y una leñera. La comercialización de sus productos se realiza a través de encargos, en centros de eventos y en ferias a las que las artesanas son invitadas. Entre estas, una de las más importantes es la que se realiza en la ciudad de Santiago con el auspicio de la Universidad Católica (la Muestra Internacional de Artesanía). Su participación en este evento se relaciona con el rol que ha cumplido la Fundación Artesanías de Chile, que además las apoya en la comercialización de sus creaciones mediante una compra anual.

Por ejemplo, Daniela (32 años, Quinchamalí), vive con su madre (que recibe una pensión por invalidez), su pareja (34 años) y sus dos hijos (de 5 y 3 años). La casa en que viven fue construida por ella y su pareja en el terreno heredado de su abuela. Allí tiene un taller donde cocina, porque su actividad principal, junto con la fruta, es la venta de comida preparada. Durante la semana vende desayunos en un centro de salud y en un colegio de la localidad, y en el momento de la entrevista, aprovechando que preparaba el almuerzo para su familia, vendía también a los trabajadores que estaban remodelando una casa cercana a la suya.

Proviene de una familia que "trabaja en la greda", el padre, la madre y la abuela materna. Si bien no le gustaba el oficio porque el proceso "es muy sacrificado y no da tanto", se animó a aprenderlo para contar con más ingresos para sus hijos:

No, yo nunca me metí en la greda. Nunca me gustó. Yo decía, greda no. Y ahora aquí estoy. Ahora es distinto. Es que yo creo que cuando una tiene hijos, cambian muchas perspectivas de vida. Porque uno tiene por quien luchar, por quien querer ser más. Y que a ellos no les falte nada. Porque al final uno dice ya, mi marido gana 500 lucas. Pero 500 lucas hoy en día no alcanzan. No rinde. Entonces, por ejemplo, yo igual hago en mi casa mis cosas para vender, pan amasado, empanadas, sopaipillas, calzones rotos, lo que se me ocurra yo vendo. Y por eso igual los fines de semana cuando vengo para acá igual traigo pan amasado y esas cosas para vender.

La greda la obtiene en un sector que se encuentra a unas dos horas de Quinchamalí (San Vicente, camino a Colliguay). Es un proceso complicado porque la tierra está mojada y tiene que usar pala y picota. Pero, además, esos terrenos están siendo parcelados, lo que afecta el acceso

"gratuito" a la greda que antes tenían las loceras y también las personas que la venden por saco. Por otro lado, para cocer la greda necesita leña, que consigue en el terreno de una tía, y guano de caballo para el teñido; en esa parte cuenta con el apoyo de su marido. Vende sus productos en centros de eventos y en ferias a las que es invitada, entre ellas la Muestra Internacional de Artesanía, mencionada más arriba.

En el caso de Laura (63 años, Quinchamalí), vive en el sitio heredado de su padre, donde construyó su casa mediante un subsidio. En el mismo terreno vive una de sus hermanas, que también es alfarera. Como señalábamos en el apartado anterior, Laura trabaja en un fundo de Quinchamalí durante todo el año en faenas temporales y cuando "tiene tiempo" se dedica a la alfarería. Comenzó a los 11 años a hacer piezas de greda, ya que proviene de una familia de artesanas, y las produce para venderlas en el mercado de Chillán. A pesar de que en un momento bajó el número de compradores, ella y sus hermanas son conocidas en la zona y siempre reciben pedidos de las cocinerías que funcionan allí. Ella es una artesana reconocida y por eso también vende sus productos a los turistas que llegan desde Chillán hasta su casa.

En este sentido, Laura hace una distinción entre quienes fueron "criadas con artesanía" —que nacieron en Quinchamalí— y quienes llegaron de otra zona, aprendieron, se presentan como artesanas y "dicen dominar el oficio". Esto lo relaciona con la reventa de loza. Algunas mujeres compran piezas (loza encolada sin pulir) y las venden asignando "el precio que ellas quieren", pero "la que se lleva el sacrificio, es la que la hace. Entonces, la gente, por necesidad, le vende la loza a las personas que compran para pulirla".

Trabajo reproductivo: la casa, los niños y la huerta

El trabajo reproductivo, que incluye labores domésticas y de cuidado, se desarrolla en los tiempos disponibles después del trabajo asalariado, pero el espacio doméstico también es espacio de producción en el caso de aquellas mujeres que desarrollan otras actividades productivas, como la alfarería y la preparación de alimentos para la venta. A ello se agrega, en algunos casos, el trabajo en la huerta para la producción de hortalizas y frutas que son destinadas al autoconsumo y a la venta. La organización del cuidado y las labores domésticas se basa en el apoyo de la pareja —si la hay— y la madre o algún pariente cercano.

Las mujeres que tienen hijos menores de edad deben coordinar sus horarios para llevarlos y retirarlos del colegio —en el período escolar—, prepararles la comida, asear la casa, etc. A veces se pueden coordinar con la pareja o la madre para los traslados y el cuidado cuando se encuentran trabajando, pero, como dice Bernardita (37 años, Coipin), hay mujeres que tienen que pagar por el cuidado, lo que reduce sus ingresos, y en zonas rurales no hay jardines infantiles ni salas cunas cercanas:

Bueno, hay mujeres que sí tienen que pagar para que les cuiden a sus pequeñitos. Entonces obviamente que quedan con lo justo para sobrevivir, para el día. Sí... yo he conocido casos de niñas que, pucha, que viven pal campo y tienen que viajar en bicicleta para llegar adonde el bus recién las toma. Y de ahí pagar para que les cuiden a sus hijos... o sea, es complicado, es complicada la vida de las temporeras.

En su caso, tiene 3 hijos de 18, 13 y 5 años, el hijo mayor se hace cargo del cuidado de los hermanos cuando ella no está en la casa, además de realizar otras tareas, como cocinar y hacer el aseo:

Por lo menos en la cochizada mi hijo no va a vivir, eso lo tengo clarísimo. Porque es muy limpio, maniático. No le gusta que estemos en la casa cuando él está haciendo aseo. Y le estoy enseñando a cocinar ahora. Tallarines, aprendió solo. Ayer le enseñé a hacer pollo al jugo, y me dijo: "eso no más es". Eso no más es. Y la carne es lo mismo, solo que más tiempo. Así que va a ser súper independiente. Y todo lo busca por internet. [...] Entonces cuando yo llego él me tiene el aseo listo porque sabe que su mamá llega cabría y cansá. Entonces él ve a su hermano de 13 años que no ayuda y le dice: "es que tú no eres ningún aporte acá en la casa". Pelean ellos.

Esto se observa sobre todo entre las mujeres más jóvenes, puesto que en general son ellas las principales responsables de las labores domésticas y de cuidado. Daniela (32 años, Quinchamalí) cuenta con la ayuda de su marido para el traslado de sus hijos (5 y 3 años) y para su cuidado durante las tardes de los fines de semana, cuando viaja a Chillán para vender sus artesanías. Trabaja en la fabricación de las piezas en las mañanas, cuando sus hijos están en el colegio, hasta el mediodía, cuando debe preparar el almuerzo; además vende comida a los trabajadores de una obra cercana.

Michelle (26 años, Quinchamalí) cuenta con la ayuda de su madre y de su hermana menor (de 10 años). Durante la temporada de cosecha llega a las dos de la tarde a la casa, se baña y hace dormir a su hija; la madre ya le dio el almuerzo. Michelle debe hacerse cargo del aseo y de cocinar para el otro día; le preocupa especialmente mantener el orden y el aseo de la casa, lo que resulta más complicado pues está más cansada y su hija le demanda más atención:

... tengo que ponerme a hacer las cosas, cocinar para el otro día... Y ya después de la tarde... cuando me quiero sentarme a descansar, despierta. Y ella quiere andar puro caminando. Para todos lados [...]. Cuando era recién nacida, dormía toda la noche, no me molestaba en nada. Pero ahora, despierta a cada rato. Despierta llorando, y ahí yo tengo que ir. Y duermo mal,

si más encima ahora que me estoy levantando temprano... ahora ando mal. Cansada. Porque igual, yo soy... sabe que no me gusta ver mi casa desordenada. [...] Estoy pendiente de que tengo sucio ahí, que no he lavado la loza, que no he trapeado... no. Más encima ahora la Judith saca todo... Y ahora ni le digo cómo me dejo ahí arriba con los juguetes.

En el caso de María (60 años, San Nicolás), ella produce hortalizas en el terreno de 1 hectárea que compró con el padre de su hija menor, que originalmente era de 3 hectáreas. Recibe apoyo de PRODESAL y vende sus productos en un puesto que tiene en el Mercado Campesino, junto a la plaza de San Nicolás. En el terreno también se dan tunas, membrillos, caquis, mancaquis y manzanas, que le permiten ganar hasta 30 mil pesos en una mañana. Esta es una actividad que puede combinar con el trabajo asalariado en la cosecha de arándanos:

Yo me he hecho 30.000 pesos en media mañana. Hasta 30, 20, 15 mil también [cuando está malo]. [Para ir a vender a la feria] Falto a los arándanos. Porque ahí puedo faltar. Falto medio día no más. Yo yendo medio día, a las 2 me voy. Es lo que se hace acá. Igual falto unas 3 o 4 veces para ir a vender mis verduras, porque verduras usted no tiene constante. Cuando ya tiene las verduras grandecitas, hay que volver a sembrar la tierra para no quedarse sin verduras. Ahora tengo unas poquitas arvejas que planté.

María combina el trabajado asalariado en la fruta también con la venta de artículos para costura en una feria de Chillán, además de la venta de sus hortalizas y frutas en San Nicolás, pero esto último tampoco es permanente, depende de los ciclos propios de la fruta y la verdura:

... pero uno tiene, pero no para siempre. Tiene para llevar mañana y pasado, ya después se me acaba y tengo que pararme cuánto tiempo... 15 días, 1 mes. Para volver que el cilantro, el perejil, la acelga, porque igual la acelga también se vende. Pero tengo que esperar y de ahí ya hay. Lo único que espero es que llegue la fruta, porque yo tengo de todas las frutas.

Marisol (50 años, San Nicolás), vive en el terreno que heredó de su padre; la casa la obtuvo con subsidio y la ha ido ampliando. En media hectárea cultiva frutales, hortalizas y tiene un invernadero, la mayor parte lo destina al autoconsumo y "si es mucho" vende. Además arrienda una hectárea, aproximadamente, donde siembra pasto para hacer fardos para sus animales (vacunos y ovejas):

Acá en la casa... yo no paro. Tengo lechugas, tengo tomates, tengo un sinfín de cosas. Por pega no me quedo, yo no paro. Ver los animales, mis ovejas, los frutales, allá tengo una quinta. Entonces tengo que hacerle empeño. [...] gallinas no. Por lo mismo, porque tengo huerta y no gallinas. Porque escarban y olvídense, tendría la huerta pa la embarrá. Tengo plantación de cebollinos, ahora mi marido está poniendo las mangueras [...]. Primero para mi consumo, si es mucho vendo. Ahora mismo tengo cualquier cantidad de lechugas a la venta. Mañana las saco a vender [...] en una población, o voy a San Nicolás a vender [...] de repente hay ferias, o las ofrezco por las casas también.

La presencia del estado, programas y políticas públicas

Cabe señalar que las mujeres que cuentan con tierra y reciben apoyos de PRODESAL han mejorado sus condiciones de producción de hortalizas y frutales con recursos para riego, invernaderos y para plantaciones de una variedad de frutales, lo que les permite contar con alimentos de frutas y hortalizas para la subsistencia y para la venta (apoyada también por INDAP a través de la organización de ferias campesinas). De otra parte, la construcción de invernaderos ha logrado desestacionalizar la producción de hortalizas en la medida que pueden sembrar, cosechar y vender durante todo el año:

A veces llega como plata, bonos. Para comprar cualquiera cosa. Este año recibimos un bono de 100 y tanto. Yo lo invertí en nailon. Mi invernadero ya estaba malo... el nailon es lo primero que se rompe. Y así, a

veces hay ayudas, bastante ayudas. Y los proyectos, si quiere sembrar la persona... Un año también nos dieron un bono por los trigos, que no sé qué es lo que les pasó a los trigos un año... También nos dieron de eso, la mayoría de la gente... sí, tenemos bastante ayuda del INDAP (Natividad, 50 años, San Nicolás).

Menor significación tienen las políticas de subsidio a la vivienda por los problemas que enfrentan las familias para regularizar las propiedades. En cambio, las políticas públicas dirigidas a promover estudios, como la gratuidad y becas, explican el salto en los niveles de estudio entre las generaciones, aparte de los esfuerzos que realizan los progenitores, especialmente las madres. En efecto, existen variados apoyos estatales orientados a la infancia y la escolaridad, tales como los subsidios únicos familiares (SUF) y las becas escolares, así como el acceso a la educación técnica y superior a través de la gratuidad⁸.

Conclusiones

Espacializar las entrevistas realizadas para esta investigación a mujeres residentes en dos comunas colindantes: Chillán y San Nicolás, en el Ñuble, una región con alta ruralidad donde ha habido cambios en el uso del suelo en las últimas décadas con la expansión del cultivo de arándanos y cerezas, permite relativizar y particularizar la categoría “temporera” en la fruticultura de exportación. Viendo las estrategias de asalarización temporal de las campesinas, pobladoras rurales y alfareras, se puede comprender cómo se expresa la capacidad de aprovechar la oferta de empleo en la cosecha de cerezas y arándanos articulando el salario ganado en esa labor y la producción de comida y de alimentos, más el oficio alfarero, con el fin de agregar ingresos a partir de actividades fundadas, en general, en contar con un lugar –tierra– de uso residencial y productivo de carácter más permanente, aunque con distintas activida-

des estacionalizadas en el año según las posibilidades, habilidades y necesidades.

Ello nos lleva a caracterizar estas situaciones de multiactividad y variedad de arreglos para obtener ingresos como “economías del rebusque”, a diferencia de la condición salarial de las temporeras de la uva de mesa encontrada en los valles nortinos (Valdés, 2012). Las mujeres de estas comunas despliegan actividades diferentes, a veces en paralelo unas y otras, a menudo marcadas por la secuencialidad en función de las modalidades de reproducción social, y que muestran incluso saltos significativos entre generaciones en el campo de la educación, en especial en las generaciones jóvenes.

El concepto interpretativo de “economía de la rebusca” condensa, así, las distintas estrategias, modalidades y arreglos para asumir la reproducción social que muestran las entrevistadas del Ñuble en contextos de economías campesinas con dificultades para encarar la producción y la venta de productos para el mercado interno y la disminución del tamaño de la propiedad por los sistemas de repartos de tierra por herencia entre descendientes. Esta problemática contribuye a la existencia de las “medias hectáreas”, donde hay espacio para la residencia –la casa de los padres o de subsidio– y las innumerables actividades para sobrevivir en un acople entre la pequeña producción de alimentos con talleres para la elaboración de comida o cecinas, sin abandonar, en la aldea de Quinchamalí, la labor alfarera.

La permanencia del monopolio de las mujeres en las tareas domésticas y de cuidado se hace visible en la mayoría de los casos, aunque no en todos. El salto en los niveles de educación no solo obedece a las políticas públicas de apoyo a la educación primaria, secundaria y técnico-uni-

versitaria, sino también al trabajo que despliegan las estudiantes de niveles superiores para costearse estudios, junto con el apoyo de sus padres. De la misma manera, y aunque las mujeres mayores y las/os familiares discapacitados cuentan con pensiones y con la promesa de que a los 65 años hombres y mujeres recibirán la Pensión Garantizada Universal (PGU), buena parte de la reproducción social se articula en torno a la transmisión intergeneracional de bienes, especialmente tierras, y del soporte de la familia a los suyos en distintas etapas de la vida.

De esta manera, se puede relativizar y diferenciar la categoría laboral de "temporera" entendiéndose que el capitalismo agrario fundado en la exportación de frutas recurre a distintas categorías sociales. En el caso estudiado acude a mujeres inscritas en procesos que afectan al campesinado –proletarización, descomposición– e incluso a poblaciones que han vuelto al campo sabiendo que allí se puede contar con un lugar legado por la parentela para poder radicarse y "empezar de nuevo".

Notas

¹ Dirven (2001) refiere este fenómeno como "empleo rural no agrícola" (ERNA).

² Las entrevistas fueron realizadas previa firma de consentimiento informado, en noviembre de 2023 y diciembre de 2024. Junto con las entrevistas se aplicó un cuestionario a cada mujer entrevistada para levantar información sobre ingresos individuales y del grupo familiar, recursos materiales y acceso a recursos públicos.

³ Ver la ficha regional sobre Ñuble elaborada por la Oficina de Estudios y Políticas Agrarias (ODEPA). <https://bibliotecadigital.odepa.gob.cl/bitstream/handle/20.500.12650/8962/Ñuble.pdf?>

⁴ Como el Programa de Desarrollo Local (PRODESAL), ejecutado por el Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) del Ministerio de Agricultura.

⁵ Los catastros frutícolas están disponibles en la página web de ODEPA. <https://www.odepa.gob.cl/estadisticas-del-sector/catastros-fruticolas/catastro-fruticola-ciren-odepa>

⁶ Que ha reemplazado a la de productora y a actividades tradicionales realizadas por las mujeres rurales.

⁷ Capital Semilla Emprende, fondo concursable del Servicio de Cooperación Técnica (SERCOTEC), dependiente del Ministerio de Economía, "que promueve la creación de nuevos negocios con oportunidad de participar en el mercado a través de su formalización". <https://www.sercotec.cl/capital-semilla-emprende/>

⁸ Es un beneficio del estado para estudiantes matriculados en carreras de pregrado de instituciones adscritas a este programa de gratuidad y que formen parte del 60 % de hogares de menores ingresos del país con el fin de que puedan acceder a la educación superior y técnica sin pagar matrícula ni arancel por la duración nominal de sus planes de estudio.

Referencias bibliográficas

Anderson, J. (1991). *Reproducción social/políticas sociales: La puesta en escena de dos grandes temas en tres breves actos*. Servicios Urbanos y Mujeres de Bajos Ingresos.

Anríquez, G., Foster, W., Melo, O., Subercaseaux, J. P. & Valdés, A. (2016). Evidencia y desafíos para el empleo estacional de la agricultura en Chile. *Temas de la Agenda Pública*, 11(85). https://opia.fia.cl/601/articles-75637_archivo_01.pdf

de Grammont, C. H. (2009). La desagrarización del campo mexicano. *Convergencia*, 16(50), 13-55. http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1405-143520090002000002&lng=es&tlng=es.

Dirven, M. (2001). El empleo rural no agrícola: Tendencias, interpretaciones, posibilidades. Reunión de Expertos sobre "Población territorio y desarrollo sostenible", CEPAL, Santiago, 16-17 de agosto. https://www.cepal.org/sites/default/files/events/files/martine_dirven.pdf

Hernández, B. (1990). *Notas folklóricas de Ñuble*. La Discusión de Chillán.

Mingo, E. (2011). Entre el hogar y el trabajo: Mujeres asalariadas en la agricultura del Valle de Uco, provincia de Mendoza, Argentina. *Nómadas, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 29(1). <https://www.redalyc.org/pdf/181/18118941021.pdf>

Montecino, S. (1985). *Historias de vida de mujeres de Quinchamalí*.

Centro de Estudios de la Mujer.

Ojeda, J. F. & Cano, N. (2009). El paisaje, memoria de los territorios. XVII Congreso de Estudios Vascos, Sociedad de Estudios Vascos, Vitoria.

Pessolano, D. & Linardelli, M. F. (2025). Medir el tiempo de las mujeres rurales: Una reflexión teórico-metodológica en contextos agropecuarios de Argentina. *Íconos, Revista de Ciencias Sociales*, 82, 97-115. <https://doi.org/10.17141/iconos.82.2025.6437>

Rebolledo, L. (2018). Cambios intergeneracionales de hombres y mujeres del campo chileno: Transformaciones socioculturales y trayectorias de vida. En X. Valdés (Coord.), *Tiempos y lugares: Transformaciones socioculturales en Chile Central* (pp.19-57). Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Rebolledo, M. L. & Mandel, A. (2025). Tiempos y espacios: Mujeres rurales mapuche de la Araucanía, entre el trabajo asalariado en el arándano y el trabajo intrapredial. *Antropologías del Sur*, 12(23), 49-61. <https://doi.org/10.25074/rantros.v12i23.2847>

TAC (1987). *Un pueblo donde la tierra habla*. Taller de Acción

Cultural.

Thompson, E. P. (2019). *Costumbres en común: Estudios sobre cultura popular*. Capitán Swing.

Valdés, X. (2012). Desincronización temporal y espacial entre trabajo y familia: Hacerse el salario en las migraciones estacionales de los/as temporeros/as de la uva. *Polis*, 11(31). <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-65682012000100024>

_____. (2020). *De la dominación hacendal a la emancipación precaria: Historias y relatos de mujeres: inquilinas y temporeras*. Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

_____. (2021). De la colonización del territorio a la precarización del trabajo: Género, etnia y nacionalidad en temporeros/as de Atacama y Araucanía, Chile. *Espacios, Revista de Geografía*, 12(22), 146-167. <https://doi.org/10.25074/07197209.22.2111>

Valdés, X. & Godoy, C. G. (2016). Mujeres de cuerpos dañados: Las temporeras de la fruta en Chile. *Espacios, Revista de Geografía*, 6(12), 13-31. <https://doi.org/10.25074/07197209.12.659>

Anexo. Datos de las entrevistadas

Entrevistada	Edad	Unidad doméstica y grupo familiar	Forma de acceso a la tierra (herencia, compra, arriendo), vivienda y tamaño de la propiedad
Marcela	63	Soltera, vive sola, no tiene hijos.	Vive en la casa que era de sus padres (sucesión). No informa sobre extensión de terreno.
Laura	63	Soltera, vive sola. Tiene un hijo que vive en Chillán, que la visita y aloja con ella unos días a la semana.	Vive en un sitio heredado del padre por ella y sus hermanos. Tiene una casa propia construida con subsidio. Extensión de terreno de ½ hectárea. Tiene un taller para alfarería, un sector de quema y leñera. No tiene huerta por falta de espacio y problemas con pozos sépticos.
María	60	Separada, 3 hijos. Vive con hija universitaria.	Posee un sitio propio que obtuvo mediante permuta. La extensión del terreno es de 1 hectárea. Construyó la casa con recursos propios y la ayuda de sus hijos.

Marisol	52	Casada, 2 hijos. Vive con el marido y un hijo.	El sitio lo heredó del padre. Extensión del terreno de ½ hectárea. Casa comprada con subsidio. Tiene animales, gallinas, invernadero, huerto. Vende su producción de frutas y verduras. Arrienda otro terreno de 1 hectárea para hacer fardos para sus animales y también para la venta.
Natividad	50	Casada, 2 hijos. Vive con el marido y un hijo. Junto con sus hermanas está a cargo del cuidado de su padre, que vive cerca.	Terreno heredado por ella, casa obtenida con subsidio. La extensión del terreno es de ½ hectárea destinada a cultivos. Tiene invernaderos, galpones donde se guarda la siembra y herramientas. Su marido tiene una parcela propia de 20 hectáreas, un loteo de la Reforma Agraria, recibida por herencia. Producción de lentejas, maíz y trigo.
Odila	56	Divorciada, 3 hijos. Vive con un hijo	Vive en terreno de ½ hectárea adquirido con recursos propios. Heredó de la madre un terreno –loteo de la Reforma Agraria– de 15 hectáreas en un sector cercano, donde tiene animales y siembras.
Claudia	48	Divorciada, 3 hijos, con pareja. Vive sola.	Terreno adquirido con recursos propios de 600 m ² , donde ha estado construyendo y espera postular a un subsidio.
Roxana	48	Casada, 2 hijos. Vive con el marido, una hija y dos nietas.	Casa propia en terreno de 500 m ² . Arrienda otra quinta para producción de cerezas, que vende para exportación y mercado interno.
Bernardita	37	Unión de hecho, 3 hijos. Vive con la pareja y los hijos.	Casa construida con recursos propios en un terreno que su pareja heredó del padre, con una extensión de ½ hectárea, donde se ubica la casa. Cuentan con otras 20 hectáreas (herencia de la suegra, a 1 o 2 kilómetros de distancia), donde tienen una plantación forestal (eucaliptus).
Daniela	32	Unión de hecho, 2 hijos. Vive con su pareja, sus hijos y su madre.	Casa ubicada en el terreno de la abuela materna, todavía en sucesión, donde hay dos casas más. El terreno donde vive tiene 297 m ² y su casa fue construida por ella y su pareja con recursos propios. No tienen plantación de cerezos ni huerta: "no les da".

Michelle	26	Unión de hecho, 1 hija. Vive con la pareja y la hija.	Casa construida con recursos propios, en un sitio heredado por su pareja. No especifica el tamaño del terreno, pero su extensión permite tener cerezos y una huerta (el terreno de los suegros es más grande, tienen cerezos, guindos y aceitunas).
Nicole	25	Soltera, 1 hija. Vive con sus padres y su hija.	Casa ubicada en un terreno heredado por su padre. La extensión del terreno es de 1.250 m ² . No se puede plantar porque está sobre relleno (debido a las subidas de río).
Alejandra	24	Unión de hecho, no tiene hijos. Vive con su pareja, su padre, su madre, dos sobrinas y una amiga de la sobrina.	Vivían en Santiago y retornaron a Quinchamalí, de donde es el padre. Casa heredada, compró unos metros más para ampliación. Terreno de 1 hectárea. El padre es mediero, solo produce para autoconsumo.
Denise	20	Soltera, sin hijos. Vive con sus padres, su hermana y su abuela.	Casa y sitio de sus padres. Tienen un taller de cerámica, un sector de quema y leñera. No informa sobre la extensión del terreno.